

Francisco Chica (ed.) (2021): *Catálogo «Emilio Prados. Vida y Poesía»*, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, Junta de Andalucía, Sevilla, 302 pp.

La belleza está ahí para que todos la contemplemos, y más en las cosas simples que colman nuestra existencia, aunque a veces nos exija un esfuerzo para reconocerla, para desvelar su misterio agazapado a la espera de un corazón atento y dispuesto, como el de Emilio Prados, uno de nuestros poetas contemporáneos al que debemos recordar. Nunca estuvo adscrito a ningún partido político, pero sí ceñiría su lucha social o, si se quiere, política, exclusivamente a la llegada y fortalecimiento de la democracia en sus genuinos principios, que en aquel su momento vital representaba el ideal republicano. La desazón terrible que le supuso la guerra y sus consecuencias, un erial de destrucción y ruina desde todos los puntos de vista, se extendió a su forma de mirar tanto al mundo exterior como a su propia interioridad. La ciega violencia desatada destrozaba todo ideal de justicia, de equidad y belleza en los que creía, y que, en lo social, representaba la República; sus consecuencias fueron el exilio político en Méjico, que resultaría determinante en su vida, pero también, el exilio interior, del que resultaría un conflicto consigo mismo y con el mundo y del que a duras penas lograría sobreponerse.

Hölderlin, que ejerció una influencia esencial tanto en su espíritu como en el desarrollo de su obra, mostrará en su *Hiperión* la lucha de este por liberar a su pueblo de los turcos y traer la democracia a su territorio, a Grecia, a lo que seguiría una gran decepción tanto por la agresividad que se desencadenó, como por las sectas fanatizadas; y es que en ese proyecto utópico de liberación estaba acompañado de una banda de indeseables que destrozaban el ideal social con el que soñaba. También, como es conocido, en su *Empédocles* muestra a un héroe idealista y elegíaco igualmente embargado por la decepción provocada por los fanáticos e irreflexivos, lo que le lleva a retirarse a la montaña desde donde solo habrá de bajar para educar al pueblo erigiendo a la poesía como elemento sagrado, una nueva

religión estética encarnada en la belleza y donde la poesía sería su baluarte, con un único significado, el amor a lo bello, donde confluyen naturaleza y arte y, sobre todo, donde la verdad y el bien se hermanan. Paralelamente, Emilio Prados dirá que «la belleza no es solo ver la naturaleza, es ser la Naturaleza». Las concomitancias de ambas visiones son manifiestas en el intento de dar expresión, por parte de los dos poetas, a la unidad entre pensamiento y poesía, como formantes, además, de un mismo árbol, el del conocimiento; entendiéndose en ello que solo la poesía es capaz de proclamar de manera estética tanto la sacralidad del mundo, su belleza, como la propia conciencia de su existencia a través del sentimiento y la emoción. En su biblioteca tenía Prados *La lucha contra el demonio*, de Stefan Zweig, un símbolo que, junto a la frase subrayada de Hölderlin de que «precisamente lo permanente es lo huidizo», en cierta manera reflejan la idea esencial de la madurez creativa del poeta malagueño. María Zambrano, otra influencia fundamental en Prados, y que sería recíproca, mantendría unos principios semejantes, así en su obra abundará igualmente la preeminencia de la poesía en el orbe del conocimiento, para afirmar mediante la razón poética la unión de lo estético e intuitivo con lo lógico y lo racional.

Fuera de la escena académica, Emilio Prados no es un autor especialmente conocido, y ni siquiera dentro de este ámbito tiene un reconocimiento comparable a otros autores coetáneos del grupo del 27. Que esto sea así ofrece varias explicaciones que se relacionan con el propio perfil de su obra, calificada habitualmente de difícil, con un alto simbolismo, situándose incluso más allá del surrealismo, con elementos tomados del neoplatonismo o de la mística, apartándose de manera significativa de una escritura próxima a modos y lenguaje líricos frecuentados. Por tanto, reconforta que, desde una institución, en este caso el Centro Andaluz de las Letras, organismo de la Junta de Andalucía, se haya decidido declarar como autor del año 2021 a nuestro poeta y publicar el libro-catálogo que reseñamos, donde se dan aportaciones valiosísimas a la biografía vital, intelectual y a la obra literaria de este poeta fundamental al que muy lentamente pero de manera nítida se le está recuperando como foco esencial que es de su generación y principal en la poesía hispánica de todo el siglo xx.

La aportación inicial de Francisco Chica, que coordina el catálogo y es uno de los mayores conocedores de la vida y obra del poeta, resulta imprescindible. Sus trabajos y la tesis doctoral, de reciente publicación, que preparó sobre Prados le llevaron a entrevistarse en México con innumerables personas cercanas a su círculo íntimo y literario, y de este modo tuvo acceso a documentos privados de los que da cuenta en el extenso ensayo que le dedica y donde se mencionan numerosas personalidades de todos los ámbitos con los que se relacionó el poeta y con los que, así mismo, compartió innumerables momentos; también gente común de la calle, personas cercanas, familiares y una multitud de cartas que muestran el incansable trabajo y tiempo que Francisco Chica ha dedicado a una obra que refleja

con claridad la calidad humana excepcional del poeta, reafirmada en las declaraciones de todos aquellos que le trataron. En este trabajo a su vez se hace una valoración sustancial de sus obras para destacar aspectos relevantes y opiniones de conocidos, críticos y expertos literarios, para reflejar la continua evolución en su poética del idioma, de la mirada lírica y de su disposición a entrar en el misterio, sin duda ajeno a las certezas y a las metáforas fáciles, recalcando la idea de entrar en la verdad a oscuras, sin una luz de guía, con el objeto de ir poco a poco esculpiendo casi en una piedra esa cita abierta y luminosa que sueña cierta y por la que siempre ha vivido. Afirmará de Prados que «rechazó la poesía de comunicación, la poesía llamada social, para contraponerla a la poesía como comunión, religación con el todo, como manifestación ligada al espíritu y como forma de conocimiento, como manifestación de lo primordial». Centrado igualmente en su personalidad juvenil, resaltará el crítico su sentimiento de desamparo y soledad, lo que le convertirá en un ser tímido y soñador, recluso en su propio mundo, en cierto modo inadaptado y de carácter sensible y depresivo. El reconocimiento de su homosexualidad y la frágil salud marcarán también su creación. Francisco Chica lo reconoce como «poeta del afecto y de la emoción interior».

En este ensayo primero se hace un recorrido exhaustivo y muy clarificador de la primera etapa del poeta en la Residencia de Estudiantes, donde tuvo como tutor a Juan Ramón Jiménez, relacionándose con Antonio Machado, Unamuno, Moreno Villa y otros, y especialmente con Federico García Lorca. A su vuelta de Alemania, una corta etapa, pero decisiva en su formación literaria además de filosófica, ya en una segunda estancia de residente, conocería también a Buñuel, Dalí, Pepín Bello...

En el capítulo se apuntan otras primeras influencias: el Psicoanálisis, al que lo introdujo su hermano Miguel, psiquiatra, el Creacionismo que abanderaba Huidobro, e igualmente el Ultraísmo, el romanticismo alemán, fundamentado en Goethe y su concepción del *alma bella*, y la literatura rusa, que le revelará en sus formas la subjetividad y la libertad expresiva del autor frente al racionalismo que había impuesto la Ilustración. Posteriormente, a su regreso a Málaga, Prados colaborará en la revista *Ambos*, un antecedente de *Litoral*. Compondrá *Mosaico*, texto inédito hasta 1999 y *El Misterio del agua*, poemario donde el profesor Chica es taxativo al afirmar que está «plagado de intuiciones que remiten a las viejas culturas del Mediterráneo...», la fuerza física y vivificadora de sus imágenes hacen de este libro uno de los más hermosos cantos a la naturaleza salidos de la poesía española contemporánea», donde se da expresión al mar como símbolo y metáfora del amor. Con la adquisición de la Imprenta Sur el poeta podrá poco después fundar y dar vida a la revista *Litoral*, motor literario imprescindible para la existencia de la misma Generación del 27. Publicará otros libros, destacando *Cuerpo perseguido*, «quizás su mejor poemario de los compuestos en España», escribe Francisco Chica, en el que a su juicio se da una fusión espiritual cuerpo-alma y una insondable exposición de sentimientos íntimos. Su sensibilización social le llevará

paralelamente a la creación del Sindicato de Artes Gráficas y a tareas de alfabetización de personas sin recursos. Con la proclamación de la II República, se apunta, colaborará en las Misiones Pedagógicas, donde conoció a Miguel Hernández, a quien socorrerá años más tarde con ayuda de Vicente Aleixandre en la cárcel. Mantuvo un programa en Radio Madrid desde donde difundió poemas propios y de otros escritores en apoyo de los defensores republicanos de la capital. Ayudó en la evacuación de las obras del Museo del Prado. Se le nombró también Secretario del II Congreso Internacional de Escritores, por lo que viaja a Valencia; allí acudirán escritores como Thomas Mann, Malraux, Auden, Vallejo, Benavente, Hernández, Alberti, Paz, Ramón Gaya, y donde conocerá a María Zambrano con la que habrá de mantener vínculos personales e intelectuales hasta el final de su vida, llevado por un mismo impulso espiritual y humano y se reencontrará con Antonio Machado. Se detalla la implicación en múltiples acciones, entre ellas, el embarque hacia Morelia, en México, de 456 niños para librarlos de la guerra, «los niños de Morelia». En Barcelona, junto con Manuel Altolaguirre, se hará cargo de las Publicaciones del Ministerio de Instrucción Pública, entrando en el círculo de la revista *Hora de España* junto con la mencionada María Zambrano. Su poemario *Destino Fiel* obtiene el Premio Nacional de Literatura; libro en el que Emilio Prados expresará su hartazgo de tanta violencia y tanta muerte cuestionándose incluso a sí mismo. En mayo de 1939 atravesará la frontera con Francia hasta embarcar pocos días después rumbo a México donde fueron acogidas aproximadamente unas 25.000 personas por el gobierno presidido por el general Lázaro Cárdenas. Se alojará en los primeros meses en casa de Octavio Paz y Elena Garro y durante toda su estancia en el país entablará un profundo diálogo con la cultura mexicana, con el mundo indígena y la gente corriente de la calle. El capítulo de Francisco Chica lo va subrayando: se alejará de la política y se recluirá en su persona atravesando una profunda crisis personal que llegará a superar con el tiempo. Acepta el ofrecimiento de ser editor tipográfico de la Editorial Séneca junto a Bergamín y comenzará con la edición de las obras completas de Antonio Machado y San Juan de la Cruz, así como *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca, y más adelante con la antología de sus propios poemas recordados en su libro *Memoria del olvido*. Trabajó en el Instituto Luis Vives desde 1943 fundado por exiliados españoles y de allí adoptará a tres niños de Morelia. A Francisco Sala, que se quedará con él, le enseña el oficio de impresor y le dedicará ya su vida hasta que se casa con Mercedes Díaz Roig, filóloga, especialista en el Romancero tradicional de América y el Romancero Viejo y que recibió una colaboración decisiva del propio poeta. Se cita Elena Garro, que consideraba a Prados como a un padre: «era muy frágil, decidió quedarse fuera de las capillas literarias... estaba más en las raíces esenciales de la vida... Su fragilidad era física pero no moral». A partir de 1946, cuando se publica *Jardín Cerrado*, el estudio de Francisco Chica va exponiendo tanto sus publicaciones como sus vicisitudes y amigos, también sus relaciones con Málaga desde el exilio, haciendo

hincapié en el carácter sincrético de su pensamiento al eludir cualquier tipo de dogma y unir campos de conocimiento y líneas de espiritualidad procedentes de ámbitos y tradiciones muy distintas. Su libro *La piedra escrita*, encabezado por un verso de Hölderlin «Vive más intensamente quien más ama a los hombres», se destaca al estar más centrado en el acto mismo de la escritura, símbolo de su poesía y de su propia obra, manifestación también de la dificultad del lenguaje para expresar lo inefable, desde un fondo moral y metafísico que lo impregna todo, en la interpretación de Francisco Chica. Entre otros poemarios, se menciona, finalmente el manuscrito de *Cita sin límites* que lo editarían póstumamente Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira en las obras completas que conjuntamente prepararon. Jorge Guillén ya le había dicho de manera significativa a Prados: «Tu poesía es la más difícil de las escritas por nuestra generación, y por ello las más misteriosa y profunda».

Las aportaciones que siguen a este ensayo primero reseñado, menos extensas, dan cuenta de momentos concretos de la biografía y de aspectos críticos o comparados de la obra y poética de Emilio Prados. Así, Antonio Carreira observa la dificultad de llegar a una parte importante de su creación por «la misma naturaleza de la poesía pradiana a la que no es posible acceder de forma convencional», y especialmente cita a la escrita por el poeta durante su exilio que duró casi veintitrés años en México. Lo describe como un ser asomado al recuerdo y a la soledad, que se hace más visible en su abundante correspondencia que en sus poemas, «un exiliado del exilio mismo que mira a su interior y rumia su pasado juvenil». Apartado ya definitivamente de la política se centrará, continúa el crítico, en su obra que aspira no a la liberación de los suyos sino a la de todos. Muchos términos que el poeta utiliza reiteradamente, señala Carreira, los despoja a su vez, vaciándolos, de su «significado conceptual dejando al significante disponible para los avatares del poema y aprovechar tan solo sus connotaciones, de ahí que cualquier intento de interpretación según las reglas del lenguaje normal esté condenado al fracaso».

Alicia Gómez Navarro y José García Velasco, Directora y Director honorario de la Residencia de Estudiantes, relatan los años de Emilio Prados en la Institución, período no exento de conflictos, aunque resultarán sus años más dichosos, como escribió a León Sánchez Cuesta en la documentación aportada. A ello contribuyó, conforme indican los autores, los malagueños Francisco Giner de los Ríos, Alberto Jiménez Fraud y José Moreno Villa, nombres esenciales en el inicio y posterior desarrollo de la Residencia, allí Prados continuaría con notables profesores como Manuel García Morente, entre otros, que dejarían para siempre una profunda huella en el espíritu y el pensamiento del poeta, cosa que también ocurrió, indican los autores, con Juan Ramón Jiménez, quien influirá decisivamente en su personalidad y en su obra, como comentaría el mismo Prados en la correspondencia aportada que mantuvo con José Sanchís-Banús. Detallan cómo después de su estancia en el sanatorio de Davos, y luego Friburgo donde estudiaría filosofía con Rubio Sacristán, regresa de nuevo a la Residencia, pero ya se sentirá desubicado

por lo que decide volver a Málaga; donde participa en la revista *Ambos* junto a Manuel Altolaguirre, José María Hinojosa y José María Souvirón. Volverá una vez más a la Institución para estudiar Derecho, pero ya constatará de manera clara las diferencias con sus compañeros, lo que relatará Moreno Villa en su libro de memorias *Vida en Claro*, como observan ambos directores. Será ya entonces cuando regrese a su ciudad para fundar la revista *Litoral*, que, según se afirma en distintos lugares del Catálogo, constituye sin duda el gran referente en la literatura española acerca de la Generación del 27.

La aportación del profesor Francisco Estévez se centra en la génesis de la revista *Litoral* con Emilio Prados a la cabeza junto a Manuel Altolaguirre, e Hinojosa en su segunda etapa; publicación que recogió textos y dibujos fundamentales de esta generación también reconocida por ser crisol de vanguardias, compuesta además de narradores y poetas por pintores, cineastas, ilustradores, músicos...; para resultar ser, con ese cúmulo artístico, representativa de los principales movimientos y autores de la nueva poesía española, con textos acompañados de dibujos y grabados, igualmente paradigmáticos, junto a un exquisito gusto tipográfico. Este *idearium* y otras características de *Litoral* son descritos en esta contribución al Catálogo con comentarios de sus fundadores, todos llenos de expectación e ilusiones. Anota Estévez, igualmente con detalle, los libros que salieron como suplementos de la revista, cuyos autores, entre otros, fueron Rafael Alberti, Luis Cernuda, José Bergamín, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre y el mismo Emilio Prados.

En el estudio de Antonio Báez Rodríguez se expone la faceta cinéfila de Emilio Prados sin dejar de hacer un interesante y atractivo recorrido por su vida. Se detalla así cómo fue la amistad con Luis Buñuel y con Manuel Altolaguirre, también director y guionista, y de qué manera se acrecentó su interés por esta nueva forma de expresión creadora y artística, complemento perfecto a las demás manifestaciones estéticas.

Jean-Pierre Castellani, Catedrático, hispanista y crítico literario francés, comenta pormenorizadamente el romance «El desterrado», perteneciente al *Romancero General de la Guerra de España*, que fue publicado en noviembre de 1936, texto donde el poeta vierte su sentimiento de desterrado ya desde su misma Málaga, como interpreta el profesor, lo que le provoca un desequilibrio personal por esa ruptura dramática entre el yo y el mundo exterior, un contexto en el que ya se le tacha de *comunista literario*. El tono compositivo del poema es elegíaco, exclamatorio y de sentida queja, como trata Castellani, para reflejar la abrumadora sensación existencial que atraviesa, anticipatoria del exilio y especialmente de su estado emocional durante los primeros años en México.

A continuación, en la contribución de Miguel A. Moreta Lara se hace un recorrido por las dos extraordinarias décadas de de la Edad de plata, desde 1916 hasta 1936 y de tan largo aliento creador, que incluye el tiempo de la proclamación de la Segunda República y acaba con el inicio de la Guerra incivil española. Como

señala el crítico, fue especialmente durante el periodo republicano cuando proliferaron innumerables publicaciones y revistas literarias, y un gran fervor cultural abanderado por tantísimos escritores y artistas, encaminado a multitud de acciones pedagógicas para paliar el analfabetismo reinante. En este ambiente, Emilio Prados fundó el ya citado Sindicato de Artes Gráficas en Málaga, así como la organización del arriba mencionado Segundo Congreso de Escritores Antifascistas junto a la participación en la revista *Hora de España*, considerada la más valiosa de las publicaciones durante la contienda, creada por Rafael Dieste y Ramón Gaya, entre otros, que tuvo colaboraciones de Machado, Alberti, Dámaso Alonso, Cernuda, Moreno Villa, León Felipe y tantos otros intelectuales y escritores. Subraya Moreta cómo en Barcelona se encontrará con María Zambrano y organizarán varios homenajes a García Lorca, con un sentido recuerdo tras su muerte. «Allí donde él esté, sea sombra o memoria, está también lo más hermoso de la vida», cita el crítico palabras que escribió por entonces Luis Cernuda sobre el poeta asesinado. Al final del capítulo se nos dice de Emilio Prados «contradictorio, surrealista, hermético, místico, ensimismado, heterodoxo... Quizás corresponda ya un rescate de cuerpo entero, con toda su rica poesía, toda, tanto la que señala a su mundo interior como la que colisionó con la realidad objetiva».

James Valender, profesor del Colegio de México y gran conocedor de la vida y obra de nuestro poeta, escribe en esta aportación acerca de su exilio mexicano. Emilio Prados cruzará la frontera hacia Francia en enero de 1939 con pasaporte diplomático, según detalla Valender, lo que le evitó el campo de concentración. Fue habilitado por el gobierno francés para recepcionar a los huidos y hacerlos llegar a París donde la legación de México les ayudaría, hecho que sucedió con miles de refugiados en su desamparo. Valender pone en valor la disposición del gobierno mexicano en su apoyo a la República española, frente al hecho de que nunca reconocería al régimen de Franco, a diferencia de gran parte del resto de países del mundo, abriendo sus puertas a todos los republicanos que quisieron refugiarse allí, como Emilio Prados, que zarpó en mayo de 1939 hacia Nueva York para posteriormente recalar en México, aunque su idea inicial —siguiendo el estudio del investigador— fuera la de llegar a Chile para reunirse con su madre, con su hermana y otra familia, cosa que no llegaría a realizarse porque ya jamás saldría del país que le acogió. James Valender desarrolla aspectos de cómo fue la vida, la actividad del poeta y sus creaciones, el hospedaje, nada más llegar, en casa de Octavio Paz y Elena Garro y las hermosas palabras que el poeta mejicano le dedicaría en la revista *Taller*. Prados se reencontraría con muchos de sus amigos españoles también exiliados, aunque se mantendría alejado en lo posible de las reuniones habituales entre ellos cuando la política fuera el tema central: «Al fin, aquí estoy lejos de aquella Europa endemoniada a la que hago propósito de no volver jamás... si puedo rehacer de nuevo mi vida será para trabajar lejos de toda política, de toda lucha inútil y solo para dar lo más bueno que de mí pueda salir», le

escribiría en junio de 1939 a su familia, conforme al testimonio aportado. Valender destaca asimismo su participación en la editorial Séneca, o en la recuperación en 1944 de *Litoral*, de nuevo con Manuel Altolaguirre y el apoyo de Moreno Villa, Juan Rejano y Francisco Giner de los Ríos, también su compromiso con los jóvenes, en su mayoría del grupo de Morelia, donde posteriormente destacarían bastantes de ellos, como Carlos Blanco Aguinaga, Tomás Segovia o Ramón Xirau; esto llevó a Prados a actuar como amigo y mentor de todos, dejando una profunda huella espiritual en cada uno. También se tratan sus colaboraciones literarias en España, en revistas, y las ediciones de su obra, a su pesar, a sabiendas de que su poesía se alejaba de las corrientes que imperaban en aquellos años cincuenta en el país. Tras *Jardín Cerrado* y hasta 1957 no vuelve a publicar, señala Valender, y lo hará con *Río Natural* y *Circuncisión del Sueño*, y posteriormente con *La piedra escrita*, *Signos del ser* y por último *Cita sin límites*, donde, según se ha indicado en otro lugar, se señala cómo asume una radicalidad en su lenguaje poético ya apuntada en *Mínima muerte*, aunque ahora se acelere con una semántica compleja que interpela al lector, pero revestida de transparencia ante el deseo de cautivarlo.

El Catedrático de Traducción de la Universidad de Málaga, Juan Jesús Zaro, aborda el perfil de esta faceta relativa a las traducciones que poseía una mayoría de los componentes de la generación del 27, debido al espíritu cosmopolita y al conocimiento que tenían de lenguas extranjeras, dejándonos versiones de referencia como la del *Retrato del artista adolescente* de James Joyce que realizó Dámaso Alonso, el *Adonais* de Shelley que tradujo Manuel Altolaguirre, *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, traducido por Pedro Salinas, o el *Troilo y Crésida* de Shakespeare que tradujera Luís Cernuda. También estos poetas serían traducidos a otras lenguas foráneas, añade Zaro. En relación a Emilio Prados, el profesor subraya cómo debido a sus estancias en Francia, Alemania y Suiza, el poeta dominaba el francés y el alemán; y así hay indicios posibles de traducciones suyas, aunque sin autoría, publicadas en la revista *Ambos*. Por otra parte, en el estudio se relacionan varias traducciones de su poesía: el texto de título «Llegada», una elegía en homenaje a Lorca, fue incluido en una antología poética sobre la Guerra, vertida al inglés. También el hispanista Geoffrey Connell traducirá las dos primeras estrofas del poema «Jardín Cerrado» en 1961, dentro del libro que sería trasladado al inglés íntegramente por Donald Wellman en 2013, donde, señala Zaro, se pone de manifiesto la influencia que ejerce sobre Emilio Prados *El Cantar de los Cantares*, en la versión de Fray Luis de León, el «Roman de la Rose», la poesía arábigoandalusí y toda la obra de San Juan de la Cruz. Junto a ello, por influencia de María Zambrano se tradujo *Memorial del olvido* en 1966 en la editorial italiana Einaudi, para acabar añadiendo cómo también se han trasladado algunos de sus poemas al esperanto.

Rosa Romojaro, Catedrática en la Universidad de Málaga, centra su entrega para este Catálogo en el poemario *Jardín Cerrado* de 1946, una primera tentativa

de Prados en el exilio para encontrar su palabra definitiva, con el ansia de lograr la transparencia. Toda la nostalgia de la pérdida y el cúmulo de vivencias tristes y dolorosas de los años posteriores, materia del libro, conforme estudia la profesora, el poeta lo aliviará llevando su pensamiento fuera de sí, en cierta medida, saliendo de su dolor. En este detallado capítulo se analiza cómo Emilio Prados incorporaría su nuevo trabajo muchos poemas de su obra anterior, así de *Misterio del Agua*, y *Mínima muerte*; libro este que será avance y resumen que ofrece los indicios para entender oscuridades de este *Jardín cerrado*, como tan acertadamente investiga Romojaro, con la pretensión de que el poemario fuera hasta ese momento su obra definitiva que, además, determinará sus formas compositivas al utilizar el metro corto expresivo de la sugerencia, el movimiento o la emoción rápida y certera y, paralelamente, el metro largo que manifiesta en el verso meditativo y reflexivo, así como la introspección tendente a la irracionalidad poética y a una temática, la de la soledad, con la simbología de la rosa, como preparación de la muerte. Estudio certero de Rosa Romojaro, donde también se va señalando que no se trata de una poesía fácil, sino en muchos casos hermética y con una evidente carga filosófica de origen órfico que crea la imagen del alma confinada en el cuerpo como en una cárcel, de influencia neoplatónica. En la búsqueda de la unidad, del equilibrio de los contrarios se subraya su acercamiento a Heráclito y a un posterior panteísmo. La mística estará presente también en la poética del libro, un poemario que, en otro sentido, se fundamentará en el Tiempo, el Ser y la Muerte, de clara influencia de Heidegger de quien recibió clases en su estancia alemana. Junto a ello, anota la profesora, se deja notar la inspiración que encuentra en Juan Ramón Jiménez y en García Lorca. También hace un interesante estudio del prólogo que escribió Juan Larrea, en el que se observa cómo cada poema expresa la diferencia de un poeta en su desgarró, como si de un diario se tratara, haciendo mención asimismo al citado antecedente bíblico de *El Cantar de los Cantares* que los recorre. En su estudio Rosa Romojaro atiende a la distribución que de su obra realiza Prados: en cuatro libros o apartados extensos que a su vez se subdividen hasta varias veces al modo de un «capcioso laberinto», con un efecto envolvente, mágico, hipnótico, escribe la profesora, como un mantra seductor en su misterio, con reiteraciones a modo de letanías. Sintéticamente, en el primer libro del poemario es el pasado quien se hace presente a través de los sueños, la nostalgia, el paraíso perdido; en su segundo libro, será la soledad el elemento necesario para la consecución del deseo; en el tercer libro, la figura del insomnio y lo que denomina «umbrales de la sombra» definirán los poemas que lo integran a través de coplas o meditaciones y donde la reflexión y la inquietud, además de las figuras del ángel de la noche, otro amor, el constante amigo, desembocarán en la muerte, y esa misma noche, en diálogo con el «yo» que es trágico, dolor, huida y deseo de ocultamiento. El motivo esencial, subraya Romojaro, será «la sangre», pero también «la noche». En el cuarto y último libro, «La sangre abierta», Rosa Romojaro desarrolla igualmente

con certera apreciación cómo el poeta se siente protegido por el ángel y se hace uno con Dios y la naturaleza. Se trata de aquella transformación fundamental, indica, donde el jardín deviene árbol: «un árbol nace», y donde su piel ya no será el límite.

El profesor Enrique Baena, catedrático de la Universidad de Málaga, centra su aportación en la poética de Emilio Prados, en sus claves críticas y comparadas, comenzando con la relación que María Zambrano establece entre el poeta y la muerte, después de su estancia en Davos a causa de su enfermedad pulmonar, junto al sentimiento de fragilidad y abandono que marcarán su poesía, siempre ansiada de nacimientos y a la vez amenazada por el desnacerse, según el profesor, como motivos sobre los que se transparenta emocionalmente su obra. Su estancia en Alemania determinará así mismo el carácter meditativo e interior de su poesía, lo que tendrá su reflejo de modo simbólico en la necesidad de otra creación más allá, y que dará lugar a la revista *Litoral*, en 1925, con los conocidos suplementos que abrirían el cauce a las nuevas tendencias contemporáneas y también a la expresividad de la conciencia, elementos ambos que hallarán acomodo en las primeras obras de nuestro poeta, destacando el profesor Baena, en el desarrollo del capítulo, tanto aspectos sustanciales de carácter comparatista como la singularidad y capacidad compositivas del poeta, muy interiorizada, entre lo anímico y lo material, con influencia neoplatónica, lo que se hace especialmente visible en «Cuerpo perseguido»; señalándose características que estarán presentes en toda su obra posterior. Será en los años treinta cuando la influencia de lo social en su obra se hará patente; su compromiso con causas que remiten a la injusticia y a la desigualdad se reflejará en sus textos, aunque incorporando elementos de las vanguardias, especialmente del surrealismo, como se advierte en su libro *La voz cautiva*, según va estudiando Baena, y donde también estará presente el simbolismo del fuego, expresión mayor de la naturaleza que se traduce en el canto; o la sangre, elemento esencial de su poética, que expresa al ser humano, junto al simbolismo también de la voz. *Llanto en la sangre*, de 1937, será tratado en este ensayo crítico atendiendo el fuerte componente emocional que representa esta obra en medio de la guerra. Luego vendrá *Destino fiel*, que clamará por la necesidad de no claudicar ante la adversidad. El exilio será también la introversión, ese *ser para la muerte* heideggeriano que se manifiesta en *Mínima muerte*, donde, según se señala, nos encontramos con un Prados volcado a su interior y que no oculta la fragilidad en medio de la belleza, todo ello expresado con metáforas de raigambre clásica retomadas por la poesía pura, donde se cuestiona la propia vitalidad del mundo. Hay un vaciamiento de todo proyecto exterior, unido a la comentada interiorización anímica que de forma paulatina integra formas clásicas y barrocas. Observa el profesor cómo en estos momentos Emilio Prados dará un impulso ético y estético en su obra, lo que provocará un renacimiento emocional visible ya en *Jardín cerrado*, a pesar de la atmósfera de extrañamiento lírico por la falta de valor de la vida y el horror de la guerra. La nostalgia, el dolor de todo lo perdido que se afirma en el principio de la obra, se

desliza conforme avanza el libro hacia una sutil y débil esperanza pareja al fluir de la conciencia en su soledad, en una búsqueda de valores universales como corresponde, según estudia Baena, a una poesía que trasciende los límites para desde ahí trazar cuestiones y vislumbrar las respuestas. Esta última consideración resulta un factor fundamental en el propio capítulo para la comprensión en gran medida de la génesis creadora de Prados, quien se moverá en paralelo entre la razón poética de su amiga y hermana espiritual María Zambrano y la razón simbólica de Adolfo Sánchez Vázquez, además de la influencia mutua de otras figuras, coetáneos suyos y compañeros, como José Gaos o García Bacca. Todo ello generará unas metáforas del compromiso que se ponen de relieve en *Río Natural* y que también preconizan una aproximación a la totalidad del ser con esa otra totalidad, la del mundo, según va desarrollándose en el ensayo. Se trata, pues, de un encuentro del ser con lo esencial, un ansía de ser que en este libro se simboliza en el agua como fuente de vida, de fecundidad, y como energía de la naturaleza materializada en el mar. Sobre *Circuncisión del sueño*, de 1957, destaca Baena la vuelta a la vigilia, a la realidad en su finitud, en su desolación, donde el sueño pierde protagonismo, si bien el poeta siente que la creación otorga un carácter regenerativo, el del conocimiento, vinculando esa percepción de lo real con el impulso trascendente que desarrollará en su siguiente poemario *La piedra escrita* de 1961; ahí ya, subraya el profesor, será reconocida la conciencia creadora unida a lo próximo y a la vez a la inmensidad que nos rodea. En sus últimas obras, *Signos del ser*, de 1962, revela a un yo que se enfrenta a su pasado, y también a la otredad, y a la misma creación, en la argumentación de este completo estudio. Emilio Prados era consciente del agravamiento de su enfermedad pulmonar y esto condicionará sus últimos poemas, especialmente aquellos que dejó sin articular en un libro y que póstumamente conformaría *Cita sin límites*, donde la interioridad del ser, del alma, o la visión de la naturaleza como absoluto y la infinitud del universo dan expresión al estado final en el que el poeta se veía a sí mismo y con el que se concluye su obra creadora, en palabras certeras del profesor Baena.

La última aportación a este valioso Catálogo de nuevo corre a cargo de Alicia Gómez Navarro y José García Velasco, directora y director honorario respectivamente de la Residencia de Estudiantes, según mencionamos. Se aborda en este trabajo la recuperación documental del legado de Emilio Prados, cedido por los herederos, que comprende la extensa correspondencia recibida por el poeta de miembros de la Generación del 27, de amigos, de contemporáneos suyos, así como las cartas de su hermano Miguel. También se encuentran fotografías y, sobre todo, el archivo literario del poeta guardado en veinte cajas llenas de manuscritos, versiones y revisiones de la propia obra que en su día ordenó Carlos Blanco Aguinaga, según refieren los autores. Se completa este capítulo con textos poéticos y autobiográficos no editados. Así mismo, señalan los autores del trabajo que el legado de su heredero, su hijo adoptivo Francisco Salas, es más reducido, con recortes de

prensa y correspondencia tanto con él como con su mujer Mercedes Díaz Roig. Se mencionan otros hallazgos, como un ejemplar mecanografiado de *Mínima muerte*, un álbum familiar y diversas traducciones. De especial importancia es su biblioteca personal con numerosos libros dedicados por sus creadores y otras obras que ejercieron una influencia determinante en su labor poética, así de Heráclito, Platón, Spinoza, Heidegger... En otros archivos de la Residencia, afirman, se conservan sus cartas con Carlos Blanco Aguinaga, León Sánchez Cuesta, la familia Savall Prados y con José Sanchís-Banús, documentos donde se revela la extraordinaria personalidad de Prados, así como la génesis de muchos de sus poemas complementado además con dibujos de José Moreno Villa y que sirve para cerrar este Catálogo que consolida el conocimiento y exégesis de un poeta que, sin duda y por valores evidentes, ocupa ya un lugar destacadísimo en el mundo de la literatura hispánica contemporánea.

Miguel Ángel Muñoz Cobos